



General de Ejército

S. SHTEMENKO

БЕРЛИН

**EL ESTADO
MAYOR CENTRAL
DURANTE
LA GUERRA**

SINOPSIS

El libro pertenece a la pluma de Serguéi Shtemenko, que sirvió en el Estado Mayor Central casi tres decenios y el cual conoció perfectamente como trabajó en los duros años de la guerra este organismo central de dirección de las operaciones del Ejército y de la Marina de Guerra. El autor estaba perfectamente enterado de cuanto se proponía narrar al lector, circunstancia que contribuyó mucho al gran interés despertado por este libro. Las memorias de Shtemenko fueron escritas en tono sereno y convincente, sin propender a lo sensacional ni a una emoción excesiva, sin tendenciosidad alguna en la selección de los documentos.

El libro narra las historias del Estado Mayor Central hábilmente. Se nota como el Cuartel General del Alto Mando [Supremo] y el Estado Mayor Central, su órgano de trabajo, mantuvieron firmes en sus manos la planificación de las campañas de la guerra y la dirección de las operaciones, manejaron las reservas y siguieron de forma muy minuciosa el desarrollo de los acontecimientos en los extensos territorios abarcados por la contienda. Ni una sola variación en cualquier frente o ejércitos se hizo sin su conocimiento. Ni un solo se interrumpieron los contactos vivos con las tropas. Representantes del Cuartel General y del Estado Mayor Central estuvieron incesantemente en los sectores decisivos del ejército de operaciones. En este libro el lector no encontrará la descripción cronológica del desarrollo de la lucha armada del pueblo soviético contra la hitleriana y sus

satélites, sino las memorias de los recuerdos más íntimos del Autor.

Autor: Shtemenko, S. M.

Editorial: Editorial Progreso, Moscú, 1973

ISBN: 9788491264330

Generado con: QualityEbook v0.84

S.M. SHTEMENKO

El estado mayor central durante la guerra

General de Ejército S.M. SHTEMENKO

A mis lectores

Con gran emoción termino mi manuscrito acerca de tiempos pasados... Cada autor, posiblemente, siente lo mismo. No lo sé. Estoy emocionado, ante todo, porque este es mi primer libro de este género, y quizá el último que escribo. ¿Cómo lo acogerá el lector?

Otros autores de memorias militares mandaron durante la Gran Guerra Patria frentes y ejércitos, flotas y flotillas, condujeron al combate divisiones, regimientos, navíos, dirigieron la lucha guerrillera y el trabajo clandestino del Partido en la retaguardia enemiga. Mi destino marchó por otros derroteros: en aquellos años, mi puesto estuvo en el Estado Mayor Central.

En la publicística, el Estado Mayor Central tuvo mala suerte. Casi nadie escribió nada acerca de este organismo ni del Cuartel General del Alto Mando Supremo. Y si en algunos libros se los menciona, se hace en sentido negativo: se nos presenta como hombres encerrados en lujosos despachos, completamente divorciados de la vida, que intentaban dirigir la guerra por el globo.

Por fortuna, en realidad, no fue ni mucho menos así. El Cuartel General del Alto Mando Supremo y el Estado Mayor Central, su órgano de trabajo, mantuvieron firmes en su mano la planificación de las campañas de la guerra y la dirección de las operaciones, manejaron las reservas y siguieron de forma muy minuciosa el desarrollo de los acontecimientos en los extensos territorios abarcados por la contienda. Ni una sola variación en cualquier Frente o ejércitos se hizo sin su conocimiento. Ni un solo minuto se interrumpieron los contactos vivos con las tropas. Representantes del Cuartel General y del Estado Mayor Central estuvieron incesantemente en los sectores decisivos del ejército de operaciones, controlando el cumplimiento de las directrices

y órdenes del Alto Mando Supremo y haciendo sus propuestas a tenor del desarrollo de los combates.

De que el Cuartel General y el Estado Mayor Central estuvieron a la altura de las circunstancias lo evidencian los resultados de la Gran Guerra Patria. En la confrontación de voluntades, conocimientos y maestría en la dirección de las tropas estuvieron por encima de la suprema dirección militar del cacareado Tercer Reich.

De cómo se logró eso, de cómo vivió y trabajó en los años de la contienda el Estado Mayor Central y, ante todo, los generales y oficiales de la Dirección de Operaciones, es de lo que quiero hablar en mi libro. Hablaré principal y precisamente de su conjunto porque sólo la razón y la experiencia colectivas estaban en condiciones de abarcar con la debida plenitud los fenómenos de la guerra y encontrar la solución debida a las difícilísimas tareas que se les planteaban a las Fuerzas Armadas. Mas por cuanto cualquier colectividad es la suma de individuos —dirigentes y ejecutores—, considero que no tengo derecho a silenciar el trabajo personal de aquellos, con quienes me relacioné más de cerca en aquella época.

Debo hacer la salvedad de que el título del libro no debe entenderse literalmente. No se trata de una descripción multifacética y detallada de la labor, verdaderamente universal, del Estado Mayor Central. El autor no se planteó una misión tan amplia. En menor medida aún está reflejada la multifacética labor del Cuartel General. Tampoco encontrará el lector en el libro la descripción cronológica del desarrollo de la lucha armada del pueblo soviético contra la Alemania hitleriana y sus satélites, aunque la Gran Guerra Patria es la que sirve de base a mis memorias. Debido a las funciones que desempeñó, el autor estaba al corriente de todo lo que sucedía en los frentes, pero, en esta ocasión, sólo quiere compartir con el lector sus recuerdos más íntimos.

La memoria humana, incluso la más diáfana, no siempre es capaz de reproducir el pasado con exactitud absoluta.

Por eso, trabajando en el libro, tuve que recurrir con alguna frecuencia a fuentes documentales que, por añadidura, me son muy queridas, ya que gran parte de ellas fue tomando cuerpo en el duro trabajo conjunto con mis camaradas durante el difícil servicio en el Estado Mayor Central y muchas, incluso, son de puño y letra del autor.

EL AUTOR

Capítulo I - En vísperas de la guerra

Un camino que yo no elegí. Mis preceptores y condiscípulos de la Academia del Estado Mayor. Campaña liberadora en Ucrania Occidental. Mis prácticas en la Dirección de Operaciones. Me destinan al Estado Mayor Central. Mayo-junio de 1941. La noche trágica. Meditaciones acerca de nuestra preparación para la guerra. Estado de las Tropas Mecanizadas. Aviación. Marina de Guerra. Preguntas, que con frecuencia no tienen respuesta.

DESPUÉS de terminar la Academia de Motorización y Mecanización del EROC[1], mandé más de un año un batallón independiente de instrucción de tanques pesados, primero en Járkov y después en las cercanías de Zhitómir. Nos sentíamos orgullosos de nuestros acorazados terrestres T-35 y T-28, con los que anualmente desfilábamos en Moscú, incluidos en una brigada de carros pesados.

El carro T-35 tenía cinco torretas y estaba armado con tres cañones y cinco ametralladoras. Pesaba 50 toneladas y llevaba una tripulación de once hombres, incluidos dos oficiales subalternos: un teniente y el técnico del tanque. La oficialidad del batallón la componían casi un centenar de hombres monolíticamente cohesionados.

Me encantaba mi servicio y me entregaba plenamente a él, soñando sólo una cosa: en mandar el mayor tiempo posible aquella unidad querida. De pronto, llegó un telegrama de la Región Militar destinándonos al comandante N. Radkévich, Jefe del Estado Mayor de la Brigada (condiscípulo mío de academia), y a mí como alumnos de la Academia de Estado Mayor. Ni él, ni especialmente yo, teníamos

el menor deseo de reemprender tan pronto estudios por lo que empezamos, inmediatamente, a buscar las formas de evitarlo.

Yo tuve suerte. Como presidente de la comisión de la Región Militar en la promoción de alumnos de los cursillos de un año en el vecino regimiento de instrucción, yo estaba obligado a informar de los resultados de los estudios al general de brigada Y. Fedorenko, jefe de las tropas blindadas y mecanizadas de la Región Militar de Kiev. Escogí el momento oportuno y pedí al general que en mi lugar enviara a otro oficial a la academia. En contra de lo que esperaba, aprobó inmediatamente mi petición, y dijo:

—Siga trabajando tranquilo, que no marchará a ninguna parte.

Esto fue en agosto de 1938. En septiembre, encontrándome como intermediario en los ejercicios de campaña en la Brigada de M. Katukov, me mandaron reintegrarme urgentemente a mi lugar de servicio, ordenándoseme que entregara el mando del batallón: se había recibido de Moscú la exigencia categórica de que me incorporase inmediatamente a los estudios. Al cabo de tres días Radkévich y yo nos pusimos en camino.

Supimos que entre los seleccionados para la academia había bastantes que pensaban como nosotros. Ante la comisión comprobadora de los mandatos hubo varios oficiales que recusaron su candidatura, temiendo que cuando acabaran los estudios ya no volverían a mandar tropas. En aquella época, eran poquísimos los que tenían conocimientos a escala de la Academia de Estado Mayor por lo que suponíamos que de allí saldríamos destinados a los Estados Mayores.

A todos se lo negaron. Sólo se salió con la suya el coronel S. Biriuzov. Con la ayuda del subcomisario del Pueblo de la Defensa E. Schadenko, fue destinado al mando de una división.

En aquellos años la Academia del Estado Mayor ya era un centro docente sólido. La fundación de esta institución

de enseñanza militar superior la impuso la época. El Ejército Rojo, moderno en todos los aspectos, carecía aún de la plantilla necesaria de cuadros con buena preparación operativa y estratégica. Hasta 1936, el personal de mando del eslabón operativo sólo estudiaba un año en la Academia M. Frunze. Por el momento había bastado. Pero, en la segunda mitad de la década del 30 la vida exigía imperiosamente organizar una preparación masiva y más profunda de los cuadros militares de dirección. Aparte de que se precisaba asimismo desarrollar del arte operativo, cosa que la Academia Frunze no podía hacer, en la escala necesaria, por su programa de estudios.

La Academia de Estado Mayor reunía a la flor y nata de los teóricos militares de aquel tiempo: V. Mélikov, D. Kárbishev, N. Shvarts, A. Gotóvtsev, G. Issersón, A. Kirpíchnikov, N. Levitski, N. Trubetskoï, F. Shafalóvich, E. Shilovski y P. Iónov.

Un prestigio especial, me parece, disfrutaba entre los alumnos Dmitri Kárbishev, científico del Arma de Ingenieros que sabía exponer su, a primera vista, "árida asignatura" con gran talento, con métodos originales y sencillos que nos ayudaban a recordar los complicados cálculos técnicos. Toda la vida recordaré su fórmula práctica para calcular las fuerzas y medios que se necesitaban para proteger las posiciones con alambradas: un batallón, una hora, un kilómetro, una tonelada de alambre, una hilera. Los chistosos modificaban así esta fórmula: un zapador, un hacha, un día, un zopenco. La guasa llegó a oídos de Kárbishev, pero éste no se enfadó lo más mínimo. El mismo era partidario de bromear cuando se presentaba la ocasión. Ninguna de sus conferencias pasaba sin chistes.

Más severas por el tono, yo diría, más "académicas", pero igualmente profundas y de contenido, eran las conferencias de arte operativo y estrategia de G. Issersón, así como las de táctica de grandes unidades que daba A. Gólu-biev. Buen recuerdo nos dejaron también los talentosos profesores A. Kirpíchnikov, V. Mordvínov, E. Shilovski y S.

Krasilnikov. Todos ellos conocían su asignatura magníficamente y eran unos formidables metodólogos.

También era escogido el grupo de historiadores militares de la academia. Sabían estructurar sus conferencias de manera que los alumnos no sólo tuvieran clara la línea general de desarrollo de los ejércitos y de los métodos de acciones bélicas, sino para que también supieran aprovechar lo positivo del pasado y aplicarlo en las nuevas condiciones. En este aspecto se destacaba particularmente V. Mélikov, que daba historia de la primera guerra mundial y estaba encariñado literalmente con su tema. A veces, se abstraía tanto que hasta se sentaba cara a los esquemas suspendidos y seguía su relato interesante y pormenorizado, vuelto de espaldas al auditorio. Sonaba el timbre que anunciaba el descanso, pero la conferencia continuaba. Y hasta los fumadores empedernidos no se movían de sus asientos. Sólo cuando entraba en el aula otro profesor nos abstraíamos, por fin, de la batalla en el Marne o de los dramáticos acontecimientos en los bosques de Augustow.

Con ideal apasionamiento daba sus conferencias de la guerra ruso-japonesa el profesor N. Levitski, quien con la misma facilidad exponía el tema y subyugaba a los oyentes con pormenores y peripecias de una batalla o combate, restableciendo un cuadro visible de la confrontación de voluntades y talentos de los jefes militares.

Había también entre los profesores hombres de nuestra edad y de igual graduación. Por ejemplo, el comandante I. Glébov, que enseñaba artillería y el teniente coronel K. Skorobogatkin, que enseñaba defensa antiquímica. Los dos habían acabado la Academia de Estado Mayor en 1938. Eran jefes de grupos de estudio y dirigentes de táctica los coroneles I. Bagramián, V. Kurásov y A. Gastilóvich. Debo decir que ya en aquel tiempo se advertían las cualidades destacadas de estos hombres. Disfrutaban entre los alumnos de un merecido respeto general, primero, por sus conocimientos y, segundo, por la armoniosa compaginación de una severa exigencia con la camaradería para con nosotros.

A últimos de agosto de 1939, durante las clases, nos ordenaron a un nutrido grupo de alumnos, entre ellos yo, que nos presentáramos al coronel V. Semiónov, jefe del curso. Sin poder imaginarnos qué podría significar aquella llamada, acudimos a su despacho, dándonosnos a conocer que al día siguiente todos debíamos presentarnos en la Dirección de Operaciones del Estado Mayor Central. Por qué y para qué, Semiónov no nos lo dijo. Posiblemente él mismo lo ignoraba.

Los tiempos que corrían eran muy azarosos. La humanidad aún indignada no había podido acostumbrarse al estrangulamiento de la República Española por el fascismo, ni había olvidado todavía la violencia desaforada de Mussolini contra la débil Abisinia, cuando Hitler se apoderó ya de Austria, Checoslovaquia y de la región lituana de Klaipeda, transformando esta última en base de operaciones para el ataque contra Polonia. Los pueblos protestaban contra aquellas arbitrariedades sin precedentes, pero los pacificadores muniqueños, en la práctica, alentaban a los cabecillas del fascismo a realizar nuevas ferocidades. Tampoco había tranquilidad en las fronteras orientales de nuestro país, donde ya tuvimos dos veces que cruzar las armas contra los militaristas japoneses: primero en las cercanías del lago Jásán y, después, en Jaljyn-Gol. El fracaso de las negociaciones entre las misiones militares de Inglaterra, Francia y la URSS, urdido de antemano por nuestros enemigos, nos tenía alerta. En suma, que el ambiente olía a chamusquina y nos presentamos en el Estado Mayor Central dispuestos a todo.

Nos recibió el general de brigada A. Anísov, subjefe de la Dirección de Operaciones. Nos comunicó que en la Región Militar de Kíev pronto empezarán grandes maniobras en las que deberíamos tomar parte.

—Serán de provecho para el ejército y para ustedes la práctica —dijo Anísov al despedirnos.

Cuando regresamos a la academia supimos que maniobras idénticas se realizarían en la Región Militar Especial de

Bielorrusia, a las que también se desplazaría otro grupo de alumnos de nuestra academia.

Como siempre, apreciando en nuestro círculo lo que ocurría tratábamos de relacionar los acontecimientos con nuestra propia vida, con nuestras perspectivas más próximas. Iba ya tomando cuerpo la costumbre de analizar los acontecimientos, incluidos los mundiales. Con nosotros se encontraban hombres que habían olido ya la pólvora en España y en el Extremo Oriente.

Educados en las ideas del marxismo-leninismo, no perdíamos un momento de vista el cerco capitalista. Cada cual comprendía, naturalmente, que todos nuestros quinquenios, cuyo fin era la construcción del comunismo en la URSS, estaban asimismo orientados a garantizar económicamente la victoria, en el caso de que tuviéramos que batirnos. El país había creado nuevas y modernas ramas de la industria como la de automóviles, de tractores y de aviación. Se desarrollaba a buen ritmo la extracción y refinación de petróleo. Mejoraba la calidad y aumentaba el número de armas y pertrechos para el Ejército Rojo. Sabíamos que los últimos modelos de tanques KV y T-34 eran magníficos y que nuestras tropas se equiparían con ellos en años próximos. Nuestros aviones, navíos de guerra, y especialmente los submarinos, eran cada vez mejores. Se modernizaban cardinalmente la Artillería y las Transmisiones. Ya en 1939, en comparación con 1930, nuestro parque de carros de combate creció en 43 veces, teníamos 6,5 veces más aviones y casi 7 veces más artillería.

¡Conocíamos también el aumento global de los efectivos del ejército, especialmente de los cuerpos técnicos de tropas! En aquel mismo período, de ocho a nueve años, las tropas de infantería se habían duplicado y los contingentes de veces.

Era otro también el orden de completación de las Fuerzas Armadas. Se había desistido de las formaciones territoriales. Entró en vigor la Ley del servicio militar general obligatorio. El principio de organización de un ejército y una